

Antonio Campaña

El frío encuentra los labios

I



QUIEN eres, fauno alado del río,
alga o nube, quién eres, si por ti la niebla,
iel agua,
trabajan para cegar los ojos, para que labio
[y eco,
para que ola y vértigo olviden su delito
y las gélidas brisas busquen al ser desnudo, fatigado,
para que el fuego deje pasar el cuerpo del rocío
colgando de un viento desterrado por el cielo?

Oh, frío extenso, ninfa de luz sobre un océano,
¿de dónde vienes, por qué la voz levantas como yerto
llatido
y surges en la noche luciendo tus cabellos,
tal el adonis ciego en que el amor ha huído,
te acercas y acechas en viviendas de hielo,
cuando de los huesos sale un abismo desprendido
y andan voces vencidas y el céfiro vuela desatado?

II

Llegas, oh mísero gemido, nieve sin dueño,
y hasta los muertos te oyen como una flor en fuga;
hasta el pájaro, hasta la boca lenta y solitaria,
el perfume de saliva de bosque, la rosa, el día
que abre y cierra los ojos, la roca increíble,
y el aire como un seno de plumas fabricado,
vuelven sus besos de musgo sobre el pecho
y giran entre el amor y la sangre en delirio.

III

Velando, ¿quién te manda, cazador del blanco,
que pule y golpea ligero, ciñendo a prisa,
helando la ceniza que ante la sien retorna doblegada;
lobo diluído en el pelo del viento y en la noche
quién eres, si el progreso del aire ya nevado
hunde la piel entre la lluvia, en la marina arena,
entre la nieve y sus difuntas tuberías,
si todavía el azar sin dolor yace por las sábanas,
si todavía algo penetra gritando, helado,
devorando la memoria y un muro ciega otros desfiles,
si el ángel es la desesperación y el alma huye,
si el delfín de hielo avanza otra vez ligero,
ligero sí, con pies de mar y manos gastadas,
y asalta fijo, incesante, con su llanto de espuma,
¿quién eres, terror y hechizo, prisa o sombra desbocada?

IV

Oh, voz antigua,
 de tus ángeles fríos y tus peces heridores
 se desliza un miedo yerto, en vuelo ciego,
 buscando una leve dicha en la playa ahogada,
 ahí donde el fuego cae asesinado y se congela
 y el calor ya no es el estupor del talco,
 ni es el dios que disuelve al día en una piedra;
 ahí cuando encima del mar el sol desesperado
 gime porque la niebla sigue el rostro hasta el espejo,
 gime solo y altivo mirando los dedos ateridos,
 y solloza porque el aire aviva sus ojos apagados
 y los perros se persiguen con dientes de madera.

V

Rosa sin fin, ciudad para morir, cuando el viento
 pasea sus fríos donceles sobre el agua,
 y la memoria grita por un muerto, por uno,
 las mujeres sin voz cruzan hacia los lechos,
 hacia el rincón más oscuro en ligerísimos saltos,
 y resbalan entre los secos dedos por el terror latiendo,
 giran desnudas enlazadas por el talle a la brisa,
 ¡oh, voz antigua!,
 y tú cierras el oído, lleno de dulces ruidos,
 y vigilas cuando la sombra levanta su ala abierta,
 cuando el seno se desploma y conduce a la ola,
 y el amor brilla y nos pisa y vive en las cinturas,

tú, desde lejos, débil bosque a oscuras, vigilas
los helados seres, revives el goce de la flor sollozada,
y a la bruma envías, gozosa, por la mañana herida
a forzar, dulcemente, aquellos muslos besados.

Allí, bajo la piel, tu voz albea su raíz de hielo,
y un vaho que por la sal persigue la onda más fina
se abre y ruge para revelar tus humedades,
mientras la luz mojada escapa por el fuego y las arenas.

VI

Y entonces los seres, de pie sobre tus nimbos,
dormidos como el ave encerrada por la muerte,
odian por ti en el sueño, alto velar de viento,
hablan de ti a las hojas, a la hierba implacable,
y quieren llorar, porque sus pechos yertos
y los ágiles dedos rotos por su temor de lluvia,
por tus breves orgías azotados,
ruedan como nieblas de cal por el vacío,
como la luz que ante los pies solloza por la tarde.

Y quieren llorar huyendo de tu mojado paraíso
y suben y bajan en tu eco, que a cima y vuelo juega;
quieren llorar, oh leñador del aire,
el beso como selva que el calor envía hacia el aliento,
ese tibio abrazo ciñendo la piel muda y blanda,
mientras tú brillas, agua oreada y viva,
y tu labio de playa toca la vena delicada.

Pero tú estás ahí, oído mágico de la cumbre,
tú envías en la noche ese húmedo canto de luz pura,
esa flor que muere dentro de la escarcha,
ese cielo por cítaras de nieve cautivado,
y entonces, entonces no resisten la luna boca arriba,
ni la memoria que olvida su traje por el alba,
ni la paloma que nace de los pies del océano.

VII

¿Pero eres tú el navío, ese aire dueño del espacio,
ese vértigo interno que la lengua mueve,
ese terror de la cabeza ante el cielo que se hunde,
ese viaje sobre las olas que termina en el vacío?

Sola, después de ti, la lluvia ciega los pájaros,
viste unas alas verdes y se aleja en el aire.
Pero yo te siento cuando la sangre cae sobre el mar,
cuando el viento golpea con espumas y viajes,
con hogueras muertas con ayuda de la nieve,
y tu actitud se hace dolor, de soledad vencida,
crece y asalta nuestro lecho, nos espía el latido,
y el suicidio se apodera de los cuerpos, suave,
y en él te oigo, oh voz antigua,
en él te veo, toda huella y codiciosas aguas,
en él miro y pregunto, con ácidos en la voz agitada,
si no son la nieve y la furia tus dientes destinados,
¿quién eres si ahora huyes, por el aire, a la sombra,
de dónde llegas si el alba agoniza de tu lado,
y el dolor, de nube en nube, pasea con los vivos?